

opinión

HACE 25 AÑOS

Representantes del Gobierno cedieron ante los sectores educativo y médico, aceptando la recomendación de incluir en los nuevos programas materias eliminadas desde 1977.

La Prensa

[OPINIÓN GRÁFICA]

FUNDADO EN 1980

Miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa

PRESIDENTE Y DIRECTOR

Fernando Berguido

PRESIDENTE FUNDADOR

I. Roberto Eisenmann Jr.

DIRECTORES EMÉRITOS

Winston Robles

Guillermo Sánchez Borbón

SUBDIRECTORA EDITORIAL

Siaska S. Salcedo

SUBDIRECTOR ADMINISTRATIVO

Rafael E. Carles

SUBDIRECTORA DE REVISTAS

Y SUPLEMENTOS

María Mercedes de Corró

EDITORES:

Tilicia Elena Delgado y Yasmina Reyes (Jefas de Información), Lina Vega (Política), Rafael Luna (Sociales), Nubia Aparicio (Judiciales), Liz Carrasco (Nacionales), Marianella Ferrer (Opinión), Daniel Rodríguez (Deportes), Abey Saied (Negocios), Roxanna Muñoz (Vivir+), Rolando Rodríguez (Investigación), Lourdes de Obaldía (Diseño), Demóstenes Ángel (Fotografía), Luzmila de Flamarique (Corrección), Mileika Bernal (Defensora del Lector)

GERENTE GENERAL: Juan Luis Correa

GERENTES: María E. de García de Paredes

(Finanzas), Irma de Real (Comercialización),

Juan Carlos Planells (Operaciones), Julio

Moltró (Planificación)

La opinión de **La Prensa** se expresa única-

mente en el **HoyHoy**. Los artículos de opi-

nión así como las caricaturas son respon-

sabilidad exclusiva de sus autores.

REDACCION: 221-7515 - PUBLICIDAD: 221-7918

ADMINISTRACION: 2217537 - SUSCRIPCIONES:

222-9030 - SUPLEMENTOS: 323-7264



PENSAMIENTO.

Un mundo feliz

Berna Calvit

Hay lecturas que dejan huellas imborrables. Al enterarme de que un grupo de científicos británicos ha logrado elaborar nuevas drogas recreativas "que provocan una ebriedad semejante a la del alcohol pero sin efectos colaterales", recordé el libro **Un mundo feliz**, del inglés Aldous Huxley.

Acostumbro anotar en los libros el año en que los leo y en este caso, allí, en el borde interior de una amarillenta página encontré el testimonio de que en 1982, hace 23 años tuve mi primer encuentro con esta novela "futurista", de aguda ironía.

Huxley, en esta obra visionaria que se desarrolla en un Londres utópico, nos lleva a un mundo de bebés "probeta" y de individuos genéticamente condicionados para funcionar, por medio del sistema de consumo y entretenimiento, bajo normas sociales de dominación en un mundo sin sufrimiento físico aunque sin iniciativa o libertad individual. En este mundo la felicidad se consigue por medio de Soma, droga que ofre-

ce "todas las ventajas del cristianismo y del alcohol y ninguno de sus inconvenientes"; allí las inyecciones de "placentina" o una visita a Ingeniería Emocional, resuelven cualquier perturbación, tan impropia en el mundo feliz que describe el autor.

La lectura de **Un mundo feliz** resulta divertida. ¡Qué ingenio, qué imaginación: miles de óvulos "borkanovskificados" retoñando con especificaciones genéticas; la vida mecanizada en un Estado en el que todo lo resuelve la ciencia. Nada de preocupaciones! Al terminar de leerlo por las circunvoluciones de mi cerebro se fue deslizando un mortificante pensamiento: ¡el mundo del libro y mi mundo de 1982 tenían bastante en común! Dice Huxley en el prólogo, que "el amor a la servidumbre sólo puede lograrse como resultado de una revolución profunda, personal en las mentes y los cuerpos humanos". Que para lograrla es necesario "el acondicionamiento de los infantes y, más adelante, con la ayuda de drogas...". ¡Quién hubiera dicho que Huxley llegaría a acercarse tanto a nuestra realidad de hoy!

Mi intención, al inicio de este escrito, no era hablar sobre el mun-

do que imaginó Huxley sino sobre la búsqueda de "la felicidad" por medios artificiales o sintéticos. ¿No significa esto que se logra anestesiando los sentimientos, la conciencia, el pensamiento crítico? ¿No se parece el "Soma", sustancia psicoactiva que proporciona la felicidad instantánea, a la droga de la que habla David King, consultor científico jefe del gobierno británico que dice que "estamos a punto de llegar a desarrollos que podrían abrir un mundo en el que se toman drogas para ayudar a nuestro aprendizaje, para pensar más velozmente, relajarse, dormir más eficazmente y hasta alterar levemente nuestro humor para estar en sintonía con el de nuestros amigos". ¡Imagínese! Con este desarrollo nada me haría sufrir; si amanezco de mal humor, ¡zas! una dosis de "felicetina" y adiós malhumor.

Me importaría un pepino la injusticia, la corrupción, los niños que mueren por hambre y enfermedad; no me haría ni fu ni fa saber que los narcotraficantes se han apoderado de la mente y el cuerpo de millones de personas en todo el mundo; no me estremecerían los miles de muertos que causan las catástrofes.

En tal estado de felicidad, a lo mejor hasta me alegraría por hechos que hoy me resultan chocantes (si los detallo me quedaría corta de espacio). Y no es que quisiera ser infeliz, ¡qué va! Ser feliz y tener paz son propósitos que renuevo cada mañana. Pero no a costa de tener el alma muerta.

La lectura, además de entretener y educar, sirve para poner en movimiento las muelas del pensamiento; para masticar, digerir, o rechazar lo que surge de otros cerebros; para iluminar y activar oscuros y perezosos rincones del cerebro. Por ejemplo, cuando dice Huxley que es necesario "el acondicionamiento de los infantes", pienso en los niños que, condicionados principalmente por el tetero de la televisión, de la que maman todos los días, exigen artículos, ropa y marca específicas; uniformados por las exigencias que les impone una sociedad consumista, para sentir que "pertenecen", que no son bichos raros o diferentes, abandonan la individualidad y se funden con la masa, tan idénticos entre sí que parecen productos de probeta fabricados en serie.

Así crecemos y llegamos a la vida adulta convertidos en los Alfa, los

Beta, los Gamma, los Deltas y los Epsilon de "Un mundo feliz".

Algunos dirán: ¡Qué mujer tan exagerada. Yo no soy así, mis hijos tampoco! Claro que no todos somos así... afortunadamente. Mas no descarte la posibilidad de que los ciudadanos de probeta ni siquiera se dan cuenta de que lo son (y seguramente son más felices que usted y que yo); son los que apartan la vista de todo lo que les ocasiona ansiedad o molestia y, si acaso llegan a sentir las, como la Lenina y el Henry de la novela, se toman una dosis de Soma -que puede ser la televisión, ir de *shopping*, empinar el codo o tomarse las "pastillitas mágicas" que venden en las farmacias -para levantar "un muro impenetrable entre el mundo real y sus mentes". Ese es el gran éxito de la manipulación del pensamiento por medio de la propaganda, de la publicidad y los mensajes subliminales; o con astutas palabras cargadas de odio que nos arrastran a torbellinos de locura colectiva porque hemos perdido la capacidad de pensar con nuestra propia cabeza. A Hitler le funcionó.

La autora es comunicadora social

LECCIÓN.

La muerte de Dios y el nuevo ídolo

Ricardo Soto

Decía el actual Papa, cuando todavía era cardenal, que al debilitarse la fe en Dios, existe en mucha gente la tendencia a deificar al Estado.

El Papa como buen intelectual germano conoce de filosofía. En los años ochenta del siglo XIX, Friedrich Nietzsche, paisano de Benedicto XVI, hace que su *alter ego* Zaratustra, después de anunciar la muerte de Dios, proclame "Estado se llama al más frío de todos los monstruos fríos. Es frío cuando miente; y esta es la mentira que se desliza de su boca: Yo, el Estado, soy el Pueblo". Según el filósofo "el Estado miente en todas las lenguas del bien y el mal, y diga lo que diga miente, y posea lo que posea lo ha robado". Ese frío monstruo "os advina a vosotros los vencedores del

viejo Dios! ¡Os habéis fatigado en la lucha, y ahora vuestra fatiga continúa prestando servicio al nuevo ídolo!".

La expresión de Nietzsche "el Dios cristiano ha muerto" no es igual a la expresión atea "Dios no existe". Si Dios ha muerto es porque antes fue un Dios vivo. En La Gaya Ciencia, el filósofo nos explica que la muerte de Dios significa que el Dios judeo-cristiano ya no era la piedra angular del sistema de valores occidental, la sociedad se había secularizado. La nueva tentación de los intelectuales era la de llenar el vacío con un nuevo ídolo, con un nuevo becerro de oro y lo encontraron en el Estado.

Casi toda la filosofía alemana del siglo XIX, Hegel, Fichte, Marx y Engels, es el fondo la deificación del Estado, concebido como producto del Espíritu Santo de la Historia. Esta corriente continúa el trabajo de intelectuales franceses como

Rousseau (la voluntad general), Saint Simon (la igualdad a la fuerza) y Comte (la planificación).

El socialismo es en el fondo la idolatría del Estado. Surge del resentimiento que justifica la igualdad por la fuerza y del vacío que la muerte de Dios dejó en muchas almas. El Estado es el dios vengador del resentimiento. Por eso la mayoría de los socialistas son ateos o agnósticos. Para que el socialismo funcione el Estado tiene que tener las cualidades que los creyentes tradicionalmente atribuyen a Dios. Omnipotente, omnisciente, clemente y misericordioso.

En el caso de los marxistas la relación religiosa es más obvia, por eso es que filósofos como Bertrand Russell e historiadores como Arnold Toynbee consideran al marxismo no como una filosofía o una corriente ideológica, sino como una religión de pleno derecho, derivada del cristianismo, como surgió el

cristianismo del judaísmo.

El marxismo reemplaza la Santa Trinidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo por el Estado, la Historia y la Revolución.

Nuestra América es tierra de frutos tardíos, nos perdimos la Reforma Protestante y la Ilustración. Nuestras universidades fueron dominadas por demasiado tiempo por la escolástica católica y ahora lo son por la nueva escolástica marxista. Por eso es que vamos a la zaga del conocimiento mundial. Es imposible crear conocimientos nuevos en un ambiente intelectual que se limita a tratar de encasillar los hechos de la realidad en un rígido marco religioso.

América Latina también es tierra de mestizaje y la religión no se escapa de eso. De allí la popularidad del socialismo cristiano. Dios y el César en concubinato escandaloso. Sólo la izquierda cristiana ha tenido la habilidad de rendir culto a

Yahvé y al más frío de todos los monstruos de un solo golpe. Claman tener buenas intenciones, quieren la justicia social, pero cuando conciben la riqueza como algo estático, como un pastel a distribuir, en lugar de algo frágil para crear y cuidar, el resentimiento toma la palabra y el amor cristiano se olvida reemplazado por "un amor efectivo" como el de Camilo Torres.

Para defender la libertad y la virtud la solución es simple; para el creyente, respetar el primer mandamiento; para el no creyente, evitar la tentación de dar contenido a una vida sin Dios idolatrando al Estado. Los más de cien millones de muertos del totalitarismo del siglo XX son una lección suficiente del mal que trae la idolatría del Estado. Pero en América Latina como siempre, no nos damos por aludidos.

El autor es miembro de la Fundación Libertad